

en todas partes risueña, y por una blancura inmensa hacia oriente.

Con el soberbio 10 de Agosto, en el que, en la bruma, bajo el postrer relámpago humea el último trono; con Luis, mártir de su herencia, rey que tronchara Francia en perjuicio de la libertad; con aquel nacimiento; con la agonía aquella, toda la obra trágica y feroz quedó rematada. Y la era de paz sigue á la era de terror.

El derecho no tiene necesidad de enfurecerse, ni de ser violento, ni de echar una espada al platillo de la balanza; cuando aparece, se tiembla; y cuando anda, se dice ¡Es Dios!

¡Muera la muerte! ¡Al fuego la ley sangriental! ¡Al fuego el viejo Korán de hierro, el espantoso é implacable código que confunde lo irremisible con lo irrevocable, que hiere, que se venga y que se engaña! ¡Abajo, cruz que asiste á Jesús y soltaste á Barrabás! ¡Abajo la horca, con todas sus negras ramas! Horca que Vouglans mezcla á sus requisitorias, espantoso madero en que se apoyara Tristán, máquina de Tyburn y de la Cebeda, ¡derrúmbate por tí misma, derrúmbate con el Santo Oficio y el gabinete estrellado, y vuelve contra tí la muerte que encierras! ¡Tablado que el infierno hace lamer á sus perros, ve á podrirte en la tierra eterna y divina que ya, árbol sin raíces, no te conoce, que te niega la savia y que no da la vida al bosque feroz en que la muerte floreciera! ¡Huye, disuélvete, piérdete en la gran naturaleza! ¡Herramientas que dieran la muerte y torturaran, monstruosas, lúgubres; asesinas herramientas, acordaos de los buenos, de los inocentes, de los santos, y pedíos unos á otros cuenta de lo que hicie-

rais! Todos los crímenes del débil son hijos de los vuestros.

¡Madero, mella el hacha y quiebra la cuchilla! ¡Hacha, vuélvete segur y da sobre el madero! ¡Exterminaos, oh tenebrosos cómplices! ¡Y cae confundido, bosque de los suplicios, rueda, escala, garrote, horca, cuchilla y guadaña! ¡Cae, constructor de cadalsos, bajo los golpes del progreso!

XXII

TALAVERA.—RELATO DE MI PADRE

Ocurría esto en un pueblo de España, en Talavera de la Reina.

Nos batíamos con los ingleses, quienes ocupaban la parte del Mediodía, apoyándose en una antigua fortaleza; nosotros nos hallábamos hacia el Norte. Dos vertientes; un barranco entre ambos ejércitos. Se combatía desde por la mañana; el humo que hace un combate encarnizado manchaba el sol, que aparecía terrible en el fondo del cielo; y el astro eterno que da su ser al alba efímera, siempre viejo y joven como el viejo Homero, el mismo sol que había ya visto Aquiles, se vengaba derramando sobre nosotros, combatientes ensordecidos por el estrépito de los cañones, las olas negras de su luz inmensa; nos cegaba; sombra arrojaba en mitad de los truenos humanos el gran rayo de Dios; brillaba reinando, y nos abrazaba siniestramente.

El rey Don Carlos IV y su ministro Godoy, nos habían hecho saber donde se encontraba el ejército inglés. Pero los hijos de Albión, poco acostumbrados á las sierras, también tenían calor. Dura era la jornada. Ni una hierba crecía en aquellos sitios; en el fondo del barranco, la verdura de algunos pinos de Alepo, especie de obscura cortina, dejaba ver un estrecho arroyuelo. De igual modo que las pestañas separan ambos párpados, aquellos árboles, cubriendo el agua que corría por entre las piedras, separaban los dos vertientes del pequeño valle. Como el sembrador ataca al aquilón, los unos nos arrojamos contra los otros. Llovían balas; y veíanse cráneos destrozados, vientres abiertos, entrañas desmenuzadas, todo regado por abundantes olas de sangre. Y sobre la inmensa muerte, bañada en el rojo líquido, seguía brillando el sol. El sable, el cañón, la lanza, son cosas corrientes en la guerra, sin ellas no hay combate; pero es ya demasiado tener el trópico sobre la cabeza. Sentíamos sed. El hierro y el plomo no son sino la muerte; pero la sed es el infierno. ¡El sol, el sudor y la sed son cosas terribles! Y, sin embargo, seguíamos combatiendo, nos despedazábamos ciegamente. Por todas partes veíanse cadáveres que, mezclados con los que luchaban en pie, yacían indiferentes como estatuas de mármol.

De pronto vi el arroyo que corría bajo los árboles. —¡Caramba!—gritó un español que, como yo, lo había percibido. Bajé corriendo hacia el agua, cuando un inglés ponía un pie á cada lado del arroyo. Siguióme un francés, luego dos, luego tres, luego cuatro; nos pusimos de rodillas; suspendióse por un momento el combate; los heridos se arrastraban con lentitud hacia el arroyo; se brindó en los cascós ensangrentados. —¡A vuestra salud!—dije yo.—¡A la

vuestra!—contestáronme los otros. Y de este modo bebimos hasta cierto punto unos en casa de otros.

Reanudóse la batalla, sin tregua aquella vez. Y mientras combatíamos, todos nos decíamos, al pensar en los reyes, en los emperadores, en todos aquellos sombríos temerarios, que mientras ellos forman enemigos, Dios hace hermanos.

XXIII

ESCRITO EN UN LIBRO DEL JOVEN MIGUEL NEY

¡Niños! ¡Hijos de los héroes que desaparecieron!
¡Hijos de los hombres que hicieron de mi país una nación más grande que ambas Romas, para ser luego tragados por el abismo! ¡Vosotros á quienes, pequeños, vemos reir y jugar! sobre vuestras frentes inocentes pesa la historia sombría, estáis todos cubiertos de la gloria francesa!

¡Oh, cuando la edad en que se piensa, en que se abren los ojos, suene para vosotros, mirad, niños, á vuestros abuelos con temblor de alegría y de espanto. ¡Que su alma viva siempre en nuestras almas! ¡Sed nobles, leales y valientes entre todos, porque vuestros nombres son tan grandes que no son sólo vuestros! Cualquiera puede exigirlos que le deis cuenta del uso que de ellos hacéis. Son nuestro tesoro en nuestros momentos de vergüenza, en nuestros envilecimientos

y en nuestros abandonos: ¡vosotros les lleváis, pero nosotros los guardamos!

14 de Abril de 1847.

XXIV

Á UN SOLDADO CONVERTIDO EN LACAYO

En otros tiempos, ¡oh viejo soldado!, no eras un hombre. La columna trajana, antiguo orgullo de Roma, en el mármol en que revive un pueblo soberano, no tenía un perfil tan fiero como el tuyo. Aldeano melencólico arrancado vivamente de tu adorada choza por la gran mano que hiciera el gran ejército, saliste demasiado joven al campo, ¡oh pacífico bretón! Arrojaste á un lado tu báculo para empuñar la espada. Y un hermoso día, una mañana de batalla, oyendo el rumor del cañón y de la fusilería, viendo pasar al galope de su caballo á Napoleón, aturdido, tembloroso, te sentiste león y lo fuiste durante diez años. Son tus recuerdos: visitaste Madrid, Dresde, Berlín y Viena, ciudades que temblaban detrás de los cañones, al verte entre tus compañeros acudir prontamente, jadeante, formidable, invencible, sacudiendo la melena y gritando roncamente. Y tú te paseabas por todas partes lleno de orgullo y de fe; porque sentirte león, era sentirte soberano. Murió el imperio. ¡Pobres de nosotros! ¡No somos más que fantasmas! Con la paz, los leones se tornan hombres. Y el hombre es miserable. Ha de vivir ante todo. Y

desafia la metralla, pero se rinde cuando el hambre preséntase ante él. Cada día descende un escalón. De caída en caída, el hombre llega un día á donde no llegaría el bruto. Actualmente, ¡oh soldado!, ¡oh vencedor!, engalanado como un suizo á la puerta del coro, baja la mirada, dándote aires de devoto, llevas á la iglesia el perrillo faldero de la señora; y mientras que en tus brazos se agita el burlón animalucho, el antiguo león ruge de vergüenza en tu corazón.

13 de Mayo de 1843.

XXV

HIMNO PARA LA INAUGURACIÓN DE LA COLUMNA
DE NAPOLEÓN EN BOLONIA

¡A orillas del mar, en el seno de las sombrías Babilonias, permanece para siempre en pie sobre las elevadas columnas! ¡Vela por nuestros navíos, vela por nuestras torres! ¡Está siempre orgulloso de nosotros! ¡Libre, tranquila, serena, Francia es dueña del porvenir! ¡Francia continúa siendo reina! ¡Cayó tu imperio, pero tu pueblo vive aún!

Sobre nosotros brillará un alba mejor. Esperamos ese momento que ha de llegar. Semejante á Dios, que siembra y cosecha en las inmensidades, nuestra augusta nación, nuestra querida Francia, tiene la paciencia de la eternidad.

Dios quiere á Francia grande, quiere á la grande Alemania; como á Carlomagno, hizo á Napoleón, á fin de dar á Europa un centro soberano. Muere Estambul, y entonces, mirando hacia el Oriente, de gloria y de paz coronada, Teutonia llegará al Danubio y nos devolverá el Rhin.

Sobre nosotros brillará un alba mejor...

Esperando el día que acercan los instantes que transcurren, día en que el amor lucirá sobre la humana familia, en que desaparecerán los crímenes expiados, ve por encima de tí, solemne figura, la eterna tempestad y el aborrecimiento constante, ¡el Océano bajo tus ojos, Inglaterra á tus piés!

Sobre nosotros brillará un alba mejor...

30 de Julio de 1841.

XXVI

LOS DOS LADOS DEL HORIZONTE

Como cuando un ejército inunda los campos, un inmenso rumor se ha dispersado por el aire. De las montañas parte gran ruido; gran ruido se percibe por el lado del Océano.

Ha gritado el poeta:—¿Qué ruido es ese que inunda las montañas, que llena el Océano? ¿No es la ava-

lancha, águila de los sombríos Alpes? O, gaviota de las olas, ¿no es el huracán?

La gaviota ha acudido desde el confín de los mares, donde el navío vacila. El águila gigantesca ha venido desde el monte Blanco. Y ha respondido el águila:—No es la avalancha.—No es la tormenta,—ha contestado la gaviota.

—¡Oh! ¡Cómo, feroces pájaros! ¿No es eso la tromba? ¿No es el aquilón, el que conoce vuestra ala?—No, es un mundo que cae por el lado de las montañas.—No, es un mundo que nace en la región de los mares.

Y ha dicho el poeta:—¡Que Dios os acompañe! Regresad ambos á vuestros azarosos nidos. Tú, vuélvete á tu mar. Tú, torna á tu montaña. Y que Dios os guarde. Y ahora, Señor, expliquémonos los dos.

¡Surgió América y muere Roma! ¡Tu Roma! ¿No temes, Señor, borraros nuestro camino, y desnaturalizar el fondo mismo del hombre, colocando tan fuera de lugar todo el genio humano?

¡Así, pues, la materia arrebató el mundo al pensamiento! Italia era el arte, la fe, el corazón, el fuego. América, obrera helada, no tiene alma; tiene por fin el hombre; Italia tenía por fin á Dios.

Un astro ardiente va al ocaso, surge un astro frío. Filadelfia, Señor, un mostrador de comerciantes, va á reemplazar á la ciudad en que sueña Miguel Angel, en que Jesús coloca su cruz, en que Flaco pusiera sus cánticos.

¡Tú sabrás lo que haces, Señor! Mas ¡oh razón profunda! ¿Podrás, sin que del alma humana se apodere el sueño, sin disminuir la luz del mundo, darle esa luna en vez de ese sol?

9 de Abril de 1840.

XXVII

LA JOROBADA

(Toma un espejo, se mira en él, lo tira horrorizada, apaga la luz y cae de rodillas junto á la cama.)

¡Oh, yo soy monstruosa y las demás son hermosas! ¡Esta joroba!... ¡Oh, Dios mío!

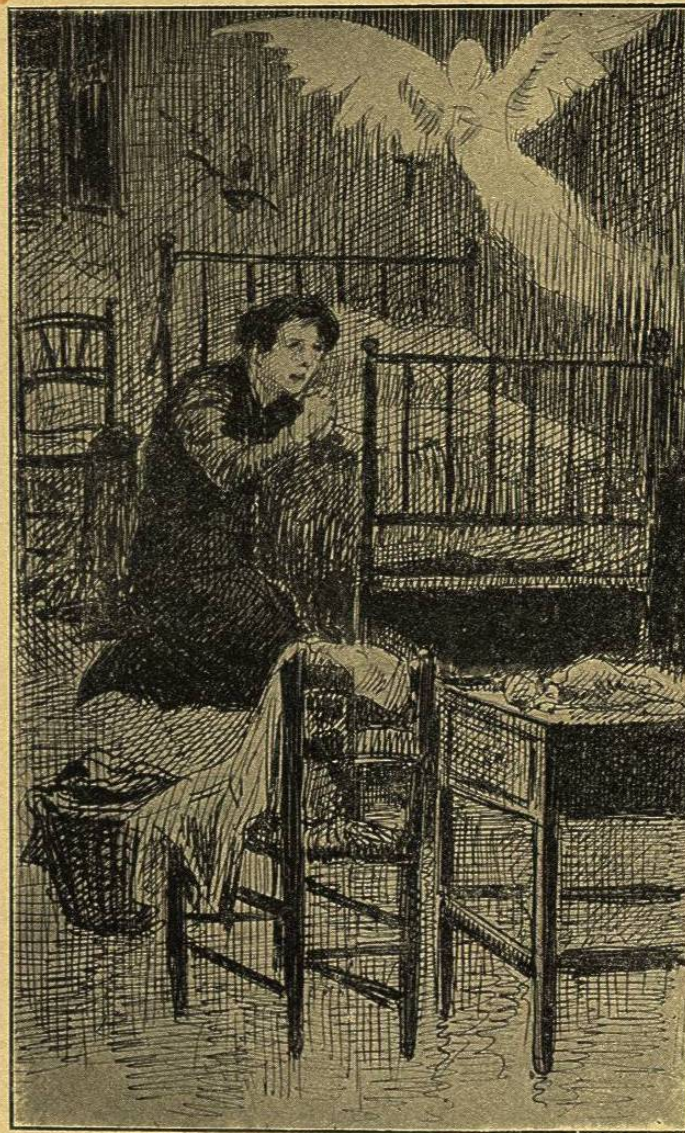
(Oculta su rostro entre las manos y apoya la cabeza en el lecho. Se duerme.)

UNA VOZ

¡Ahí tienes las alas!

(La habitación se llena de una luz vaga. La jorobada sigue dormida.—En el centro aparece, en un nimbo de rayos, una forma alada).

Oyeme. Yo soy tu prometido de los cielos. A tu espalda llevas el saco misterioso, el divino huevo de la tumba; bajo ese bendito peso, tu cuerpo vacila y cae; y la mirada humana padece la enfermedad de



ver una deformidad en tu esplendor. Tu gloria en el cielo es tu carga en la tierra. Lloras. Pero para nosotros los que vemos el misterio, que sabemos lo que pone Dios en la humanidad, de tu espalda sombría se desprende vivo fulgor. Ser que inspiras lástima aun á las mismas prostitutas, ¡oh mujer blanco de la risa, de la afrenta, de la grita, sobre la que parece haberse agachado para siempre Esmarra! Cuando mueras, tu espalda disforme se abrirá, porque la carne se abre entonces para dejar paso al alma, y de esa joroba infame, escarnecida y vil, que á todos causara horror, se verán salir dos inmensas alas de ángel, que el viento hinchará en el cielo de igual modo que hincha las velas y que se desplegarán cuajadas de estrellas.

(La voz parece más recia cada vez.)

Sí, mujer, óyeme. Nosotros vemos al ángel á través del monstruo, y yo veo tus destellos. Del sueño en que tu fealdad se arrostra, se oculta y llora, de ese horrible sueño que actualmente estás teniendo, despertarás mucho más hermosa que te pudieras desear. Flotarás, velada por tus largos cabellos, y en la desnudez celestial de la tumba, y seguirás siendo mujer, al propio tiempo que te convertirás en paloma. Percibirás, en la obscuridad y en la inmensidad, un sombrío himno de amor que se elevará hacia tu belleza. Los hombres te parecerán á su vez disformes; en sus espaldas verás sus pecados, sus enormes cargas. Las flores brillantarán tu cuerpo divino y bello, pues en la tumba su perfume se convierte en claridad. Los astros te ofrecerán la abierta rosa que forman. Tomarás por espejo, por tí misma deslumbrada, ese cielo que hoy te parece lleno de luto. Alada y estremeciéndote junto á tu féretro, como el pájaro que

tiembla junto á la pendiente de los torrentes, sentirás agitarse en las divinas brisas tu cuerpo hecho de esplendor, tu seno blanco, tu frente pura, y volarás hacia el azul profundo.

8 de Marzo de 1854.

XXVIII

BALMA

Se había dicho:—«El invierno, los abismos y la tempestad resguardan al rey de los montes bajo su dosel de nieblas; ningún hombre ha podido aún hollar su cabeza, casi inaccesible á las miradas. ¡Yo iré! Y yo sitiare, en mi sublime audacia, aquella fortaleza de hielo y aquellas torres que llegan á las nubes. En la nevada cima del monte hiperbóreo, la gloria hace crecer una palma ignorada que no es visible sino para mí.

En un sueño, el humilde pastor había oído aéreas voces que le decían:—¡No duermas! ¡Elévase tu alma hasta la cima del monte Blanco! ¡Precipita tus pasos hacia allí! ¡Pastor, que en aquellas alturas te contemple la tierra! ¡Ve allá! El espíritu divino vivió siempre en lo alto como en un templo. ¡Ve! Alguna visión te espera sin duda allí. Como un nuevo Moisés, sube á aquel nuevo Sinaí. ¡Sube en busca de Dios!

No sé como fué; pero cierto día, á la hora en que

entre la obscuridad el alba no ha llegado aún á la cima de los sombríos Alpes, partió. El monte Blanco, todavía el único iluminado, semejante á un rey diligente, mientras su campamento duerme, sobre los montes oscuros levantaba su casco de oro. Cuando le vieron con el pesado morral al hombro, la escala de corcho y el hacha de piedra, los pastores, los cazadores de mirada audaz le rodeaban, preguntándole acerca del objeto de su viaje; y al principio, al ver que elevaba el dedo hacia las nubes, no se supo si mostraba el monte Blanco ó el cielo.

Mas cuando reveló su magnánimo propósito:— ¡Hermano! ¿Del monte maldito quieres llegar á la cima?—¿Qué demonio te ha dado la mano en tu última hora?—¡Atrás, desgraciado! ¡Sin duda quieres morir!—¡El huracán y el abismo cerraron esa senda! Oyó sus gritos y volvió á emprender su marcha.

Franqueó la colina, en la cual, sobre sus blancas laderas, el ventisquero de los Buissons rompe las avalanchas; el pico de los Chamois, los escalones del Malpas, los torrentes, los tímpanos en forma de pirámides, los resbaladizos granitos, los céspedes húmedos, y el musgo y las peñas vivas fatigaron sus piernas.

Subía; y volando sobre la nieve, irguiendo hacia la espalda sus cuernos retorcidos, la viva gamuza huía hacia los antros que solían servirle de refugio; y las piedras, rodando en su incierta marcha, sonando los lados del monte en su lejana caída, despertaban ecos dormidos hasta entonces.

Subía; y pronto desaparecieron las encinas, las malezas que encubren las altas sierras, los negros

abetos que se agolpan en los barrancos solitarios; luego las flores que tapizan los lados de las desnudas rocas, después el agua que corre, el pájaro que vuela por las nubes, la hierba que crece bajo sus piés, el ruido que puebla los aires.

Subía; y ya faltaba aire á su aliento; las pesadas nubes ocultábanle la llanura; el liquen de las rocas doraba su frente encarnada; y las huellas de sus piés en los eternos hielos, espantaban á lo lejos al águila de poderosas alas, que no levanta su mirada sino para ver el sol.

XXIX

Las madres han sentido estremecer sus entrañas. Los pesados arcones llenos de cajas de metralla corren, y cualquiera diría que brincan alegremente. Pensativo, el pueblo de París las sigue con la vista, y se va por las aceras á los Campos Elíseos. Cierra las casas, asómase á las ventanas; la cohorte andrajosa, taciturna como la noche, anda, aumenta, avanza, y óyese el ruido que hacen los batallones y los caballos.

Pasa, siniestra, por junto á las Tullerías.

¡Oh, cuántos de estos que se van, discurriendo por el camino, ya no verán el sol de mañana! ¡Cuántos de entre esta multitud de sombrías pantomimas hablan todavía y son ya sombras! ¡Guerra civil! ¡Motín!

¡Oh, qué duelo! ¡Cuántos esta noche tendrán por último lecho el frío y negro suelo!

22 de Febrero de 1848.

XXX

En el transcurso de tres días de odio y remordimientos, he visto reflejarse en el agua las rojas llamas y pasar carretadas de muertos por las calles de una ciudad grande y noble. El tejedor, enervado por la obscuridad y el hambre, quemando en mitad de la calle su último telar, atizaba la guerra civil.

El soldado fratricida degollaba al obrero; el obrero sacrílego, ciego asesino, daba muerte al soldado su padre; pueblo y ejército olvidaban que son de la misma sangre. Y estremeciéndose, pensativos, decían los sabios:—¡Oh siglo! ¡Oh patria! ¡Oh miseria!

La ciudad ¡ay! no durmió durante tres noches. Todos luchaban. El toque de alarma fué el único *Angelus* que oyeran aquellas siniestras auroras. Los negros cañones, rodando á través de la población, conmovían, por encima del río ensangrentado, el obscuro arco de los sonoros puentes.

¡Ah! Ante la humanidad, ni aun desplegando su gracia y su majestad, pudieron la naturaleza y Dios impedir aquellos tristes sucesos! ¿Por qué tales acontecimientos acaecían ¡oh destino! en las riberas en que